

—¿La verdad?

—La verdad.

—Un oso, un mastin ó cosa semejante, pero menos un hombre.

—Sois injusta, á fé mia.

—¿Qué importa! ¿Creeis que le admitiré por su figura?

—Creo que no.

—Con tal de que tenga las demás cualidades que me habeis dicho.

—Las tiene.

—Entonces dejad que sea un nahual, cerraré los ojos.

—Héle contado cuanto hemos convenido, no lo olvideis.

—Descuidad, que sabré hacer muy bien mi papel: ¿y cuándo vendrá?

—Esta noche.

—Me alegro.

—Preparaos bien.

—Ya, ya vereis si vos mismo no quedais satisfecho de la marquesa viuda de Torre florida.

Y Catalina tomó un aire de gravedad y de modestia y de aristocracia que le sentaba á las mil maravillas.

—Sois encantadora—dijo Don Alonso volviendo á besarla.

—Ya estais al tanto de todo, y me voy.

—¿Conque esta noche?

—A las ocho. Adios, Estela.

Don Alonso salió y Doña Catalina se paró delante de una pequeña luna á estudiar el modo de darle mas gracia á su fisonomía.

Entretanto Don Pedro cerca del balcón pensaba:

—¡Una marquesa! ¡Y tan linda! ¡Este lance no debe perderse!

XVI.

Cómo Garatuza conoció á un su amigo y fué reconocido por otro.

EL virey se preparó á dar audiencia y recibir felicitaciones, y Garatuza, que comprendió que allí nada tenia que hacer, sin decirle palabra de lo que habia pasado con Don Baltasar de Salmeron, salió á la calle ostentando su librea de la servidumbre del marqués de Cerralvo.

No faltaban en la plaza multitud de curiosos que ansiaban por conocer al nuevo virey, á quien no habian podido ver la víspera.

Garatuza se deslizó entre los grupos procurando escuchar las conversaciones.

De repente volvió el rostro con viveza, porque llegó á sus oídos una voz que le era muy familiar.

En uno de los grupos habia varias personas conversando, y entre ellas se distinguía por su elevada estatura un negro vestido con bastante lujo.

Martin le miró atentamente, y luego sin vacilar se dirigió á él.

—Dispensad—le dijo—que os moleste; ¿tendreis por bien el oír algo que necesito deciros á solas?

—Sí—contestó el negro examinando con estrañeza á su interlocutor.

—En tal caso, no tendreis inconveniente en seguirme.

—Ninguno—contestó el negro separándose del grupo en que estaba; y siguiendo á Martin, salieron de la plaza Mayor por la gran calle de Ixtapalapa.

Cuando se encontraron en una calle menos concurrida, Martin se detuvo repentinamente y dijo al negro:

—Teodoro, ¿conoceisme?

El negro le examinó detenidamente y luego le dijo:

—La verdad.....no recuerdo.

—¡Teodoro!—exclamó Martin abrazándole—¿posible será que no reconozcáis á vuestro amigo, á Martin?

—¡Martin!—exclamó Teodoro separándose un poco para mirarle el rostro á su sabor;—Martin ¿en ese traje?

—El mismo; yo os explicaré mas tarde: por ahora abrazadme, que soy vuestro amigo.

Teodoro abrazó cordialmente á Martin, y comenzaron á caminar hablando muy amigablemente por la calle de Ixtapalapa.

Teodoro llevaba el lado de la pared de las casas, y Martin el de la calle; así pasaron por frente á la casa de Don Pedro de Mejía.

En una de las puertas de las cocheras de la casa, sentado en el suelo, se calentaba á los rayos del sol un mendigo, el mismo que habitaba por la caridad del dueño de la casa, en una de las viviendas de Don Pedro de Mejía: Lázaro.

Lázaro vió desde lejos venir á aquellos dos hombres, y escuchó sus voces; y entonces sus ojos brillaron, y comenzó á animarse su fisonomía.

Al acercarse ellos, Lázaro se puso de pié; miró si álguien observaba desde los balcones ó las puertas, y tomando un aire triste y compungido y con una voz lastimera, dijo como decian entonces los mendigos:

—¡Señores, caballeros, por el honor que usías gozan y por la salvacion de sus almas, una limosna á su pobre necesitado!

Detuviéronse Martin y Teodoro buscando una moneda que dar á aquel hombre; pero antes que lo verificasen, Lázaro, cambiando de tono, dijo:

—Teodoro, Martin, no me conocereis quizá; pero no quiero limosna, lo que deseo es hablaros á solas.

Teodoro y Martin se miraron asombrados; Lázaro continuó:

—Necesito hablaros á los dos y á solas; desde tierras muy remotas vengo á buscaros: ¿cuándo y adónde? Pronto, porque nos observan.

—Esta noche á las ocho, en la puerta de la casa del Cristo—dijo Martin dándole un duro para disimular.

—Esta tarde á las cuatro en la casa de Don Carlos de Arellano. ¿Sabeis?—dijo Teodoro.

—Sí—contestó el mendigo besando el dinero que le habian dado, de modo que todos los transeuntes vieran esta accion propia de los hombres de su especie, y retirándose violentamente para no escuchar las preguntas de Martin y Teodoro.

No tuvieron éstos mas recurso que continuar su camino, haciendo comentarios sobre quién seria el misterioso mendigo, pero sin alcanzar la menor idea de quién fuese.

A las cuatro de la tarde Teodoro esperaba en la puerta de la casa de Don Carlos de Arellano, y no tardó en distinguir al mendigo que se acercaba casi arrastrándose; se ade-

lantó á su encuentro y le hizo entrar en uno de los aposentos que estaban en el último patio: se encerró con él, y allí permanecieron hasta la oración de la noche.

A esa hora salieron, y pudo observarse que á pesar del empeño que Teodoro mostraba en disimular, trataba al mendigo Lázaro con un gran respeto, casi con reverencia, y le acompañaba tambien en la calle como para llevarle á alguna parte.

El mendigo llevaba debajo del brazo un bulto que parecia ser de ropa, y aun se asomaba entre ella la taza de una espada.

Entonces no fué Lázaro á la casa de Don Pedro; siguió un rumbo muy distinto, y entró con Teodoro en una casa de la calle de San Hipólito.

Era la casa de Teodoro, y nada faltaba allí; ni la mujer del negro, ni sus hijitos, ni nadie.

En uno de los aposentos depositó Lázaro el bulto que cargaba, y le abrió despues.

Contenia ropillas, calzas, talabartes, ferreruelos, todo cuanto podia ser necesario para el trage completo de un caballero, inclusa la espada, pero todo de gran lujo, de seda, de terciopelo, con galones de oro y con bordados.

Lázaro puso todo en órden y se dispuso para retirarse.

—Aquí teneis la llave de este aposento—dijo Teodoro;—cuando gusteis entrar y salir á esta casa, no tendreis obstáculo, cualquiera que sea la hora del dia ó de la noche en que os acomode.

—Gracias—dijo Lázaro—gracias, esto es uno de tantos favores como os debo.

Y erguido, garboso, ligero, se dirigió á la puerta de la calle acompañado de Teodoro.

Apenas salió, volvió á tomar su aire enfermizo y su modo de andar vacilante.

Teodoro le miró alejarse entre la vaga luz del crepúsculo vespertino, y luego entró en su casa exclamando:

—¡Dios le ayude! La venganza es mala, pero quizá en esta vez sea solo un acto de la justicia del cielo.

Lázaro llegó muy fatigado á la casa de Don Pedro de Mejía, y se encerró en la bovedita debajo de la escalera.

Los criados le oyeron llorar y sollozar.